



Homilía en la Misa de Funeral de mi padre. 18 de Julio de 2017.

Queridos hermanos y amigos:

1.- Nos reunimos hoy en torno al Altar para vivir en Dios y con Él, la partida de mi padre al encuentro definitivo con el Señor. En nombre de toda mi familia quisiera, ante cualquier otra cosa, manifestar nuestra inmensa gratitud al Señor por la vida de mi padre, por su testimonio de hombre íntegro y cabal; y por todo lo que hemos vivido y recibido de él como esposo, padre, abuelo, hermano, consejero, maestro y amigo. Entre las cosas más hermosas que tiene el cristianismo está el descubrir que Dios es Padre. Cuando hemos tenido un papá como el mío, ese descubrimiento se hace connatural y fácil. Y se comprende así que ser cristiano es algo bueno y bello, que nuestra vida brota del Amor de Dios Padre, se realiza en el Amor, y culmina en la plenitud del Amor.

2.- Junto a nuestra gratitud a Dios, está la gratitud a todos ustedes. En estos momentos de dolor profundo y esperanzado, la presencia de cada uno de ustedes nos ha alentado y fortalecido. Agradecemos a nuestro Pastor y Obispo monseñor Juan, a mi padre el Sr. Cardenal, a los obispos auxiliares, a mis hermanos sacerdotes, a los queridos religiosos y religiosas, y a tantos fieles laicos, sus innumerables muestras de afecto, sus oraciones y cercanía. Hemos recibido igualmente mucho cariño de los vecinos, compañeros de trabajo o alumnos de mi padre. Y hemos experimentado una hermosísima comunión con cristianos de diversas denominaciones, amigos y hermanos de años de camino ecuménico, que también nos están acompañando. Quiero sintetizar mi

saludo a todos ellos en el reconocimiento de todos nosotros a la pastora Dorilín, de la Iglesia de mi mamá.

3.- Desde fuera del país, familiares y amigos, a través de llamadas, correos o mensajes nos han mostrado cuánto amaban y admiraban a mi padre. De tanta gente hemos oído en estos días: “Cuenten conmigo para lo que haga falta”. Y hemos visto y comprobado que no era un frase elegante para quedar bien. Hemos palpado que mi padre ha sido un don para mucha gente. Damos gracias a Dios por todo esto y nos sentimos así arropados por el Amor de Dios, de la Iglesia y de los amigos.

4.- Esta reunión singular que nos convoca es la Eucaristía, la Misa. Estamos en un momento de oración, de alabanza, de diálogo entre Dios y su pueblo, entre Dios y nosotros. Hemos escuchado la palabra del Señor en la Sagrada Escritura, que prepara nuestros corazones para acercarnos más tarde al banquete del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Permítanme seguir mi costumbre al predicar los domingos en la Caridad, y compartir con ustedes tres punticos de las lecturas de la Biblia que se han proclamado. Esos tres punticos son hoy tres verbos: Celebrar, Creer y Servir.

5.- Celebrar. En la primera lectura del profeta Isaías se nos describe una visión de lo que será el futuro de todos, y subrayo, de todos los pueblos. Dice Isaías que Dios congregará a todos los hombres en un monte, en una especie de banquete succulento y allí enjugará las lágrimas, y aniquilará la muerte. La invitación final del texto es a celebrar, porque Dios se mostrará como el Salvador, el que libera de la muerte y elimina así todos los llantos. Los que estamos en esta tierra vivimos todavía en el lugar de las lágrimas. Y al mismo tiempo, nos sabemos llamados a enjuagarlas, a acompañarlas, a redimirlas. En estos días hemos conocido cuánta gente le confiaba a mi padre sus problemas, le pedía consejo o ayuda, lo tenía como referente en sus luchas y fatigas. Él hizo suyas las

lágrimas de muchos. ¡Cuántas veces enjugó o secó las nuestras! ¡Cuántas veces lloró por nosotros! Ahora no hay lágrimas para él. Mi padre está en aquel día en el que se dirá: “aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara: celebremos con su salvación”.

6.- Creer. En el fragmento de la carta a los Romanos, Pablo dice: “si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él”. Si bien es cierto que en el contexto que hemos escuchado, el verbo creer hace referencia justamente a la vida eterna junto a Cristo Resucitado, creer es, por antonomasia, el verbo de la fe. Mi abuela paterna fue una mujer de profunda fe y mi padre, como ella, fue un creyente convencido. Esa es quizá su definición más honda. Mi padre vivió de la fe en Jesucristo. Me alegra sobremanera que puedo decir lo mismo de mi madre. Cuando se casaron por la Iglesia y perdieron el trabajo, lo hicieron por fe. Cuando decidieron quedarse en Cuba para servir a esta Iglesia y este pueblo, lo hicieron por fe. Cuando perdieron reconocimientos, honores o ventajas, lo hicieron por fe. Cuando nos han aconsejado cosas serias e importantes, o menos trascendentales, lo han hecho siempre desde la visión y el criterio de la fe. La fe en Cristo ha sido la brújula, el horizonte y la motivación fundamental para las grandes opciones de la vida de mis padres. Por eso mi papá ha vivido y ha muerto con Cristo. Y creemos, con Pablo, que vive para siempre con Él.

7.- Servir. El Evangelio nos presenta al Gran Servidor, al Siervo de los Siervos, Jesucristo, proponiéndonos el camino del servicio como el único válido para sus seguidores. Podríamos decir que esta es la consecuencia práctica, concreta del creer. Dicho con otras palabras: se sabe que uno es cristiano y tiene fe, porque sirve a los demás. De seguro que todos los aquí presentes le hemos prestado alguna vez algún servicio a alguien. Pero no es eso a lo que se refiere Jesús. El Señor habla de

servir siempre, es más, vivir como servidor, hacer de la vida, servicio; y añade incluso, como el último de todos. Los que vamos a la Iglesia pueden decir hoy de mi padre: era un hombre de fe. Pero los que no frecuentan la Iglesia pueden decir lo mismo, pero con estas palabras: era un servidor. Creo sinceramente que mi padre llevaba esto en lo más hondo de su corazón. Tenía casi la obsesión por servir, y por ser el último. El último en servirse la comida, el que siempre decía que le gustaba más el arroz que el pollo para dejárnoslo a nosotros, el que si traían varias cosas de regalo a casa era el último en escoger para que los demás eligieran primero, el último que se iba del Instituto Varela porque había que dejar todo apagado, cerrado y en orden. El último que terminaba los repasos a sus alumnos, repasos que había concordado por dos horas y se convertían en tres y cuatro. El último a la hora de pedir, el que nunca quería que le trajeran o compraran algo porque no necesitaba nada. Eso sí, el primero en levantarse y preparar el desayuno para todos y poner el motor del agua, el primero en llegar al trabajo para organizar las cosas, el primero que se alzaba de la mesa para fregar. El que nos enseñó que a la Iglesia se le da y no se le quita. Su vida fue servir a los demás. Por eso se nos ha ido así, como caminaba él y hacía todas las cosas, bien rápido, para librarnos de tener que bañarlo, darle la comida, hacerle fisioterapia y rehabilitación, para que no tuviéramos que servirlo en condiciones difíciles. Él vino a servir y no a ser servido. Y esa frase ya sabemos quién la dijo.

8.- Resumo la vida de mi padre con estas tres palabras de la Escritura: Celebrar, Creer y Servir. Afortunadamente, mi madre que nos acompaña, vive estas tres palabras y las está testimoniando admirablemente en este momento. Sin mi madre, mi padre no hubiera sido el hombre maravilloso que fue. Por eso se fue al Cielo un día de la Madre, el día de la Virgen del Carmen. María Santísima, Madre de Cristo y Madre Nuestra, ha llevado a mi padre junto a Su Hijo

Resucitado. Que Ella nos acompañe a todos nosotros mientras caminamos también hacia aquella realidad donde la muerte ha sido aniquilada y ya no existen las lágrimas. Amén.